

CR – 196 – 2.010

TÍTULO :

AMOR IMPONENTE

AUTOR :

SIXTO SANZ CABRERA

JUAN CARLOS CLARA EUGENIA

FERNANDO MARI PAZ

LEANDRO MIRIAM

ALFONSO TERESA (Matrimonio de tercera edad).

En una comuna, donde todos sus miembros se conocen, salta la chispa del amor entre diferentes parejas.

FERNANDO -.

Te conocí anteayer;
hoy tiro requiebros a tu amor,
pensando que tú me quieras.

MARI PAZ -.

Yo, por supuesto señor,
no me dejo me cautiven
unas palabras cualquiera.

FERNANDO -.

Por lo menos, digo yo,
te demuestro amor
pensando en tu persona;
quiero decirte, ¡por Dios!,

me quieras con esas fuerzas
como te quiero yo.

MARI PAZ -.

Y yo le digo, ¡señor!;
no surge de improviso
en mí este amor
que usted me pide, ¡señor!.

FERNANDO -.

Prendado estoy por tu amor,
en cuanto yo te vi;
prendado por ese Cielo
que es tu cara de rosa
y tu cuerpo prisionero
de estos requiebros tan buenos
que te echo yo en pos
de tu compañía, preciosa.

MARI PAZ -.

Demuéstrame tu amor
y luego hablaremos de ello;
demuéstramelo sin rencor,
para ver ese Cielo bello
que tú me demuestras con fervor

delante de mi persona.

FERNANDO -.

Demostrártelo yo
puedo con gracia entera;
que será mi perdición
si no te demuestro mi amor
con la fuerza de una fiera.

Se entran los dos en casa, cada uno en la suya, y salen el señor Alfonso y la señora
Teresa.

SR. ALFONSO -.

Cada uno su pareja,
cada uno se encuentra
a gusto con su pareja.

SA. TERESA -.

Se van formando los grupos
de enamorados tortolitos,
se van formando el Mundo
que un día los apuesta,
los cierre el paso firme
en sus vidas desoladas.

SR. ALFONSO -.

Parece que es penitencia
el casarse por las buenas,
en cuanto tú me dices;
que se cierra ese paso
no quedando ellos libres.

Se arrima la señora Teresa al señor Alfonso haciéndole una caricia en la cara.

SA. TERESA -

No me refiero yo a eso;
a que sean unos esclavos,
los unos de los otros
al casarse entre ellos:

Me refiero . . .

SR. ALFONSO -.

Pues yo creo
que lo que tú dices;
es para penitencia,
tenerse que casar
tan jóvenes
entre ellos.

Recoge unas prendas que tenía colgada en una cuerda la señora Teresa y se entra el matrimonio en casa. Se ve aparecer a Leandro y Miriam en el patio.

LEANDRO -.

Querer, por querer, no puedo
echarme en mi conciencia;
que mi cariño es infinito
y te quiero por las buenas.

MIRIAM -.

Pues no lo parece, cari,
que no me has hecho una caricia
en todo el día en la fiesta.

LEANDRO -.

Ensimismado en ella,
anduve toda la noche
y hasta ando de cabeza
en esta hora temprano
al pié de tu persona tan buena.

MIRIAM -.

¿Te refieres . . . ? . . .

LEANDRO -.

En el trato por derecho:
Me refiero a que eres
mujer agradable y estupenda.

MIRIAM -.
¡Acabáramos!.
Si yo pudiera decir
lo mismo de tu persona,
sería una cosa estupenda.

LEANDRO -.
Pues dilo, hija,
dilo con ganas
y con sapiencia.

Hace un gesto con las manos Miriam para que deje de hablar Leandro, saliendo por el fondo. Al momento que entran en escena Juan Carlos y Clara Eugenia.

JUAN CARLOS -.
En este patio ya huele
a flores de primavera;
haber si con lo que yo te digo
se forma una maceta
de clavellina esencia.

CLARA EUGENIA -.

Por ahora no me has dicho
ni una palabra entera;
para que yo me entere
de lo que quieras contarme,
estando en mi presencia.

JUAN CARLOS -.

Te cuento y yo te digo;
que mi cariño es tuyo,
mis ilusiones enteras,
mi fe, mi vida te doy
sin trabas ni penitencia.

CLARA EUGENIA -.

De repente te ha salido
sin esperarlo yo eso;
de repente y por las buenas
me hablas de amor
en este patio, esta siesta.

JUAN CARLOS -.

Algún día tenía que ser
te demostrase mi cariño;
algún día mi querer

saliese de mi corazón
hacia tu persona querida.

CLARA EUGENIA -
Demuéstrame tu amor,
que sale de tu corazón
y no me des tú dolor,
al no demostrarme tu amor
en este día en la siesta.

Salen todos a escena y cantan entre ellos.

C A N T A R – 1
Me demuestra la razón
este cante con amor
por algo pudiese ser
se de en este día, ¡Señor!;
en este día de ardor
entre nuestros corazones,
al decirnos sin temor
nos queremos aquí todos,
en este patio, en la siesta.
Cariño alrededor
de nuestras buenas personas,
se da con primor;

para vivir el amor
entre nuestras buenas personas.

Aleluya, sí señor,
se da este gran amor
en este patio florido,
en esta hora tan buena
para decirnos: Te quiero,
te quiero y te amo
sin trabas ni penitencia.

Cariño, cariño mío;
tú has de ser mi amor,
la persona que más quiera
en esta vida, ¡Señor!,
en este patio de gracia
para expresarte mi amor
me sale del corazón,
como manantial de ilusión.

Se entran todos en casa y se ve a un mímico ejecutar un trabajo, al tiempo que sale el
señor Alfonso y Mari Paz.

SR. ALFONSO -.

Te cogí una rosa
para tu bella maceta,
te cogí primorosa

esta rosa tan bella
para tu cabeza.

MARI PAZ -.

Agradecida le quedo,
agradecida por ella;
por esta rosa me entrega.

SR. ALFONSO -.

Con ella también te entrego
mi admiración tan buena,
como es esta mi devoción
que tengo yo por tu persona;
por tu persona entera.

MARI PAZ -.

Veo que no desecha
nada de mi persona,
veo que en ella echa
piropos y flores bellas.

SR. ALFONSO -.

Y requiebros sustanciosos
a esa gracia tan excelsa
que tienes tú en tu cuerpo,

que tienes, preciosa, en esa
mirada de Ángel bueno;
mirada que me alimenta.

MARI PAZ -.

¡Por Dios!, ¿qué alimento yo?,
con mi cuerpo chulanguero,
con este perfil que tengo.

SR. ALFONSO -.

Si con ese perfil
me embebo
en tu gracia y en tu cuerpo.

Se va el señor Alfonso cuando ve aparecer a Fernando en el patio.

FERNANDO -.

Hablaba algo de cuerpo,
el señor Alfonso antes;
hablaba de un cuerpo extraño,
de algo de amamantar . . .

MARI PAZ -.

La matrona a su hijo,

FERNANDO -.

Creí que era imparcial.

MARI PAZ -.

Pues yo vi que era jugar
con las palabras empeñadas,
que tenía que amamantar
a la criatura sus entrañas.

Se entra en casa, cada uno en la suya y se ve salir de la suya a Clara Eugenia.

CLARA EUGENIA -.

¿Será que no puede hablar
éste hombre de otra cosa;
que nada más de amamantar
habla con ésta chica
en cuanto a ella la ve
éste hombre vivarachero?.

Lo ha oído la señora Teresa que es la esposa del señor Alfonso, al que se ha referido

Clara Eugenia.

SA. TERESA -.

Mi hombre no hace nada
malo al decir

que la mujer está para criar
a su bebé ella misma.

CLARA EUGENIA -.
¿Y la mujer se lo cree,
lo que dice éste hombre?;
que tiene que amamantar
al necesitado con sus pechos.

SA. TERESA -.
¿Eso va con indirecta?.

CLARA EUGENIA -.
No señora, que es directa
la pregunta que la hace
éste hermosa doncella.

SA. TERESA -.
Un respeto por la edad
me tienes que tener, preciosa;
que yo también fui bella.

CLARA EUGENIA -.
En su tiempo hace ya
por lo menos unos años;

que ahora es usted mayor
para juntarse con nosotras.

SA. TERESA -.

Estoy en posesión
de juntarme con cualquiera;
mírame aquí mi escultura
que forma mi cuerpo,
esta estatua con finura
moviéndose como junco
en medio de este viento.

CLARA EUGENIA -.

No se le vaya a llevar
el viento que viene hoy;
que es fuerte y arrecia
por la tarde en el patio.

Hace un gesto despectivo la señora Teresa con el antebrazo y la mano entrándose en su
casa, saliendo de su casa Juan Carlos.

JUAN CARLOS -.

Será que no pienso nada,
esta tarde de desecho;
será que estoy sufriendo

en esta hora de gracia,
en este camino sin senda.

CLARA EUGENIA -
¿Por qué te quejas tú ya?.

JUAN CARLOS -
Oyendo, no puedo aguantar,
algunas palabras obscenas;
que salen de alguna boca,
que los oídos me prestan
para oír qué dirán
algunos hombres con ella,
con esa boca bífida,
desgraciada y risueña.

CLARA EUGENIA -
Tranquilo: No me van a conquistar
con esas palabras que dices;
no soy mujer de ensueño,
ni fácil de aconsejar
con falsos requiebros.

JUAN CARLOS -
Bonita flor de este patio,

bella amapola entre ellas;
entre las flores las macetas,
entre las flores tan bellas.

CLARA EUGENIA -.

Ahora si me convencen
estos requiebros me tiras,
ahora sí los hago míos,
de ésta mujer que te admira.

Se retiran de escena los enamorados y sale el matrimonio con guirnaldas y faroles.

SR. ALFONSO -.

Este año el presupuesto
ha venido más bien corto;
pues a penas colgaremos
unas cuantas guirnaldas,
con faroles medio puestos.

SA. TERESA -.

¿Por qué, medio puestos?.

SR. ALFONSO -.

Son del otro año;
medio rotos

y medio puestos,
los colocaré como pueda
para que parezca algo
este patio tan bello.

SA. TERESA -.

Si nada más con tres cosas
luce el patio sus prendas;
es tan bonito y precioso
que con algo que colguemos,
parecerá una delicia
esa cosa aquí puesta.

SR. ALFONSO -.

Además con tu carita,
esa cara tan risueña;
parecerá que hay doble
gentes en la fiesta.

SA. TERESA -.

Gracias por tus requiebros,
con piropos bien tirado
a esta moza de ensueño.

SR. ALFONSO -.

Se llama moza la diva,
se llama moza la doncella
que aquí la tengo conmigo,
peinando canas se apresta.

SA. TERESA -. (Piensa).

Me he llamado yo moza,
y ni siquiera una palabra
al respecto me ha dicho;
me he llamado moza
delante de mi hombre coqueto,
que se encuentra en el patio
sin mirarme a mi centro.

Se hace el remolón el señor Alfonso y la señora Teresa se arrima a él propinándole un
empujón.

SR. ALFONSO -.

Que me tiras tú de lado,
que beso el suelo yo ahora;
ten mucho cuidado
con lo que tú haces.

SA. TERESA -.

No me he dado cuenta

y te he investido . . .

SR. ALFONSO -.

Como vaca, dices ahora . . .

SA. TERESA -.

Te he dado un empellón
sin saber que te propinaba
yo a ti esa desgracia.

SR. ALFONSO -.

Pues sino tengo cuidado,
en el suelo pego fuerte,
pero mi agilidad ha hecho
que yo firme me conserve.

SA. TERESA -.

Sí, hijo, vamos ahora
a desplegar esta cuerda,
donde están los faroles
para que en el patio cuelguen,

se queda hermoso y bonito todo el patio con unos cuantos faroles y guirnaldas a espera
de la fiesta.

Van entrando los protagonistas ayudando al matrimonio de la tercera edad.

CLARA EUGENIA -.

Venimos todos ayudar
a este matrimonio amigo;
venimos a demostrar
que somos todos como primos.

SR. ALFONSO -.

Es tanto como decir;
que somos como familia,
sin derroche y sin codicia.

MIRIAM -.

Aquí no hay maldad
entre nosotros ya todos;
aquí no se ve la edad
para ayudarse unos a otros.

MARI PAZ -.

Y así mañana será
el día que se abrirá
este patio a las personas,
demostrando hospitalidad
a cuantas llegasen al patio
para disfrutar de su fiesta.

SR. ALFONSO -.

Así se habla mujer,
y ahora a trabajar.

Se ven a todos trabajando con ganas y mientras tanto cantan.

C A N T A R – 2

El trabajo es alegría
en este patio, señores,
el trabajo, noche y día,
que tenemos en el patio.

ESTRIBILLO

Ole, con ole, con ole;
ese día de trabajo,
que empleamos aquí todos
para adecentar nuestro patio.

Unos cuelgan las guirnaldas,
otros barren las baldosas,
otros las friegan más tarde
quedándolas como losas
de mármol limpias como esponjas.

Al patio vamos a dejar

como los chorros del oro,
dispuesto para recibir
a nuestros vecinos, ya todos.
En cuanto se abran las puertas,
entrarán en tropel los mozos
buscando bellas muchachas
que en este patio están
esperando realidad
que se arrimen a ellas todos.
Hasta el más cortado
de los mozos este barrio,
aquí estará y verá
como también es gracioso.

Se ve terminado de adornar el patio.

SR. ALFONSO -.

Hace falta una cosa.

MARI PAZ -.

Dígalo usted, señor Alfonso.

SR. ALFONSO -.

Abrir la puerta a las gentes,
empezando nuestra fiesta.

CLARA EUGENIA -.

La abriremos, la abriremos.

Abren la puerta y van entrando los mozos y las chicas al patio, al tiempo que salen los enamorados.

JUAN CARLOS -.

Se ha llenado, se ha llenado de gente, este nuestro patio.

FERNANDO -.

Al tiempo que nosotros hablamos con nuestras chicas muy guapas.

LEANDRO -.

Las cortejamos a ellas, en este nuestro patio.

Se sientan en las mesas los enamorados. Se observan ir unos para una parte y otros para otra parte a los componentes de las personas, al tiempo que entra la autoridad en el patio por ser una fiesta pública autorizada.

SA. TERESA -.

Me mira, me mira.

SR. ALFONSO -.

Yo no te he mirado.

SA. TERESA -.

Me mira, me mira.

SR. ALFONSO -.

Ni siquiera he hablado.

SA. TERESA -.

Me está mirando.

Empieza a mirar a todas las partes el señor Alfonso sin sospechar, ni ver a nadie mirar a
donde están ellos.

SR. ALFONSO -.

¿Quién te está mirando?.

SA. TERESA -.

Aquel chico descamisado,
que abierta su camisa
el torso está enseñando.

SR. ALFONSO -.

¿Por qué te está mirando?.

SA. TERESA -.

Me mira, me mira;
me está mirando.

SR. ALFONSO -.

¡Ya!: ni siquiera ha percibido
que aquí nos encontramos.

Observan Juan Carlos y Clara Eugenia que los pasa algo al matrimonio, arrimándose a
ellos.

JUAN CARLOS -.

Creemos es de cuidado
este agobio que presentan
esta tarde en la fiesta
ustedes ante el respetable.

CLARA EUGENIA -.

Y el público lo ha divisado;
pues parece que no los aceptan
por la cara desolada
que están poniendo ustedes
esta tarde en este patio.

SR. ALFONSO -.

No que aceptemos
sus miradas;
pero sí con agrado
aceptamos su presencia.

SA. TERESA -.

Cualquiera diría eso;
pues a los pujitos que haces
se suma la cara tiesa
que de un momento a otro
estás tú poniendo.

CLARA EUGENIA -.

¿La pasa a usted algo;
le duele alguna cosa,
que remedio ya tuviera
en presencia de ésta moza?.

SR. ALFONSO -.

Remedios tienen mis males
cuando a mi vista asoma
esos tus ojos preciosos,
esa tu cara risueña

pareciéndose una rosa.

Mira la señora Teresa a Juan Carlos como asustada al tiempo que repone a su marido .

SA. TERESA -.

¿Haber si yo te he mirado,
en vez de ésta chica;
con ojos de buen cuidado?.

SR. ALFONSO -.

¿Quién a mí se ha arrimado
hace poco en este patio
con consuelo y con cuidado;
para que yo me conforme
en este sitio y espacio?.

SA. TERESA -.

Al decir que me ha mirado
un mozo a mí a los ojos;
éste, mi hombre se ha puesto
como una moto corriendo.

JUAN CARLOS -.

¡Acabáramos!; perfecta . . .

se encara el señor Alfonso con Juan Carlos.

SR. ALFONSO -.

¿Cómo que perfecta?:

De eso nada.

JUAN CARLOS -.

Perfecta está la trama,
para comprenderlo
esto que aquí ha pasado.

SA. TERESA -.

¿Y tú qué dices, hijo?.

JUAN CARLOS -.

Que al creerse ser mirada,
usted se levantó en polvorilla
al creerse usted mirada.

CLARA EUGENIA -.

Se la removió ese instinto
que todas las mujeres tenemos,
en cuanto nos cortejan,
o nos tiran piropos
a nuestra belleza.

Se ven que están tambaleándose las guirnaldas y los faroles a causa del viento, hasta que
este las tira al suelo.

Se produce una escapada corriendo hacia la calle de todas las gentes y cuando aparecen
los habitantes de la comuna se percatan de la falta de la señora Teresa y de Mari paz.

SR. ALFONSO -.

¡Ay!; qué mujer ésta;
salir corriendo y no saber
cuando ha de volver,
o cuando ha de parar
correr por las calles.

MIRIAM -.

No se preocupe usted,
señor Alfonso;
que nosotras la buscaremos
en cuanto podamos.

SR. ALFONSO -.

Pues poderlo cuanto antes,
que yo aquí me muero
sin mi mujer al instante;
sin su palabra no puedo
vivir sin ella ni un día

y sin su presencia me entierro
en esta tierra maldita
como es mi casa solitaria.

CLARA EUGENIA -.

También falta Mari paz
y ha salido a buscarla
su chico Fernando
con todas sus fuerzas
por las calles:
Ha salido a buscarla.

MIRIAM -.

Qué tragedia, qué desastre
se ha provocado hoy
en este patio en fiesta.

Entran los chicos enamorados y al ver tal agobio en el señor Alfonso deciden salir en
busca de la señora Teresa.

JUAN CARLOS -.

Vemos su agobio en la cara,
vemos lo mal que lo pasa
sin su agraciada señora
y ahora nos preparamos

para salir a buscarla.

LEANDRO -.

Saldremos sin esperarlo,
saldremos y después de un rato
marcharemos por las calles
buscando a su señora;
mas si después no encontramos
a su mujer en el pueblo,
nos saldremos a los campos.

Salen presto Juan Carlos y Leandro para buscar a la señora Teresa, quedándose a solas
el señor Alfonso y Clara Eugenia.

SR. ALFONSO -.

¡Me quedé!; solo me quedé
en esta vida de desgracia.

CLARA EUGENIA -.

¡Calle!, ya señor Alfonso
y no diga que desgraciada
es su vida por ahora,
que aquí todos le apreciamos.

SR. ALFONSO -.

Por tu parte, ya veo
lo mucho que tú me aprecias.

y por ello yo creo
darte las gracias enteras.

CLARA EUGENIA -.

No me las merezco;
pues solamente creo
que hago lo que buenamente
se presta.

Se arrima más a ella el señor Alfonso, hablándola casi en el oído a Clara Eugenia.

SR. ALFONSO -.

Anoche pensé un poco . . .

CLARA EUGENIA -.

¡Cuente!.

SR. ALFONSO -.

Anoche pensé que me querías,
que me veías con agrado . . .

CLARA EUGENIA -.

Yo le tengo un aprecio

que no vale ni pensarlo.

SR. ALFONSO -.

Anoche soñé contigo;

soñé con ese regazo.

CLARA EUGENIA -.

¿Usted me lo ha manchado?.

SR. ALFONSO -.

¡Ande!; quite, qué va;

ni siquiera lo he tocado.

CLARA EUGENIA -.

¿No lo hará usted,

por supuesto?.

SR. ALFONSO -.

No pienso ni tocarlo.

CLARA EUGENIA -.

¿Entonces?.

SR. ALFONSO -.

No te tocaré la ropa,

con atino desolado.

CLARA EUGENIA -.

¿Tanta furia ha encontrado?.

SR. ALFONSO -.

Dentro mi cuerpo tengo
un volcán desesperado.

CLARA EUGENIA -.

Y se aplaca con esta agua . . .

(Le echa por encima el baso de agua)

ese volcán que ha explotado
dentro su cuerpo de inmediato.

Se va a su casa Clara Eugenia, entrando Juan Carlos, Leandro y Fernando con Mari Paz
y la señora Teresa.

Sale el señor Alfonso hacia la señora Teresa con los brazos extendidos.

SR. ALFONSO -.

¡Por fin!, ¿dónde estabas?.

FERNANDO -.

Las encontré a ellas juntas;
a Mari paz que velaba

a su señora en la calle,
estaba ella tumbada.

SR. ALFONSO -.

Cansada de correr desesperada,
del evento que ha ocurrido
la desgracia en el patio.

MARI PAZ -.

No señor Alfonso, más bien
se desplomó ella sola;
algo la dio de pronto
que no pudiéndose sostener
aterrizó en el suelo
por algo que se ha de ver.

FERNANDO -.

Mi chica quiere decir;
que la lleve al galeno
para auscultarla un buen rato
y después la mande algo.

Se ve a la señora Teresa acompañada por el señor Alfonso y Clara Eugenia salir
acompañada del patio camino del médico y mientras tanto canta un Cowboy.

MARI PAZ -.

Hace tiempo se ha marchado
de este patio florido,
para visitar a su médico
el matrimonio afligido
por la enfermedad de su mujer,
el señor Alfonso ha corrido.

MIRIAM -.

Los ha acompañado Clara Eugenia,
a la visita del médico;
los ha acompañado ella
para ver con buen principio
lo que les manda el galeno
esta tarde de suplicio.

Al cabo de un rato entran el señor Alfonso, la señora Teresa y Clara Eugenia en el patio.

Salen los mozos para preguntar por la salud de la señora Teresa.

JUAN CARLOS -.

¿Qué la ha dicho
a ella el médico?.

CLARA EUGENIA -.

No la ha dicho casi nada.

LEANDRO -.

¿Entonces, por qué esas caras?.

SR. ALFONSO -.

La ha dicho que está ocupada.

LEANDRO -.

Pues que se dedique a algo
que le reporte el trabajo;
una limpieza de escalera,
una compañía deseada.

CLARA EUGENIA -.

Pues eso; deseada
o no deseada,
tendrá ella compañía
en unos meses en el patio.

LEANDRO -.

¿Tan grave es el problema?.

JUAN CARLOS -.

Y mayor, se espera por algo
que ella lleva en la tripa

a sus cincuenta años.

MIRIAM -.

¿Cincuenta; señora Teresa?.

SA. TERESA -.

Cincuenta, acabo contarlos.

SR. ALFONSO -.

(Como pensando).

Y todavía ella tiene
los bríos metidos en el cuerpo;
resuella todo su interior
como una moza casadera.

LEANDRO -.

¡Por Dios!; vaya dolor
que tiene ésta señora
en su cuerpo metido,
a sus cincuenta años.

SR. ALFONSO -.

Lo tiene, lo tiene, hijo;
y pare usted de contarle.

LEANDRO -.

¿Pero qué le pasa
a ésta señora;
qué tiene ella de malo?.

SR. ALFONSO -.

Tiene, a sus cincuenta años,
que gestar ella en su tripa
la vivencia que ella antes
gestó con nuestra hija querida.

LEANDRO -.

¡Acabáramos!.

Se dirigen todos a sus casas menos Mari Paz que se la ve salir rápido a la calle. Al cabo
de un rato se acerca Fernando a la puerta del señor Alfonso.

SR. ALFONSO -.

¿Usted es quien ha llamado?.

FERNANDO -.

Vengo a preguntar
por mi chica,
que hace un rato
no he vuelto a ver

esta tarde en el patio.

SR. ALFONSO -.

Perdone; pero aquí no está
tu chica, que la vi hace tiempo;
cuando nosotros entrando
en casa nos despedimos
de toda la concurrencia,
esta tarde en el patio.

Se queda pensativo Fernando y haciendo un gesto con la cabeza se despide del señor

Alfonso.

FERNANDO -.

Entonces, voy a buscarla
a la calle de inmediato.

Sale Fernando corriendo a la calle, mientras salen de sus casas, Clara Eugenia y Miriam.

CLARA EUGENIA -.

¿Qué le pasa a Fernando?.

SR. ALFONSO -.

Preocupado por la ausencia
de su chica, hace ya rato,

se ha marchado tan ligero,
que no ha dicho;
yo me marchó.

CLARA EUGENIA -.
Parece salió pensando
ella hace un buen rato.

MIRIAM -.
Un buen tiempo ya hace
que salió a la calle
con algo que iba pensando.

CLARA EUGENIA -.
¿Por qué dices tú eso?.

MIRIAM -.
Se la veía en la frente,
en medio de sus ojos:
Los tenía fijos, morenos,
los tenía, sin pensarlo,
en algo que ella cocía,
cocía en su cerebro,
un buen rato.

Sale la señora Teresa ya repuesta del desmayo; pues ha oído la conversación.

SR. TERESA -.

Salió pensando en algo,
sin ganas de remediarlo;
salió ella corriendo
a la calle de inmediato.

Entra Fernando en el patio, oyendo lo último que se ha dicho.

FERNANDO -.

¡Por Dios!; que me están asustando.

CLARA EUGENIA -.

¿Acaso la has encontrado?.

FERNANDO -.

Fui preguntando a las gentes,
sin darme razones de ella;
fui hasta donde ella se acerca:

A rezar a esa Virgen,
milagrosa y altanera.

CLARA EUGENIA -.

¿Y si entre todos la buscamos?.

FERNANDO -.

Hagamos, ¡por Dios!, buscarla
entre todos los del patio.

Salen a la calle para buscar a Mari Paz, quedándose el matrimonio a solas, al tiempo que
ven entrar a un vendedor ambulante en el patio.

SR. ALFONSO -.

Veo que va decidido
para preguntar por las gentes;
veo que está convencido
en esta hora imponente,
al estar el patio solo:
Veo que usted no tiene presente.

El vendedor le enseña unos relojes, unos CD y unas alfombras.

SA. TERESA -.

Tenemos de todo, hijo;
no nos falta de nada,
y por tener, tenemos
cada uno dos relojes.

Y como el vendedor no sabe salir del patio, ya que se va hacia las escaleras de las casas,
le indica el señor Alfonso.

SR. ALFONSO -.

Por el otro lado, señor;
que por ahí no hay salida
hacia la calle inmediata.

Se vuelven a quedar solos el matrimonio, arrimándose el uno al otro.

SR. ALFONSO -.

¿Será que ya nuestros cuerpos
nos quieren decir algo;
será que jóvenes nos encontramos
en esta vida tan ardua?.

SA. TERESA -.

¿Será que nos están diciendo;
que como antes no disfrutamos
ahora debemos hacerlo
con medida más honesta?.

SR. ALFONSO -.

¿Será que no cazamos
lo que quieren decir

nuestros cuerpos;
o será que una segunda juventud
podemos vivir de antemano?.

Se abrazan los dos al tiempo que entra Clara Eugenia en el patio.

CLARA EUGENIA -.

Me agrada verlos así;
con este amor deseado,
con esa fuerza e ímpetu
de cariño bien formado.

Se entra la señora Teresa en casa, que está en los bajos de las viviendas, y se queda el
señor Alfonso con Clara Eugenia.

SR. ALFONSO -.

¿Qué es lo que habéis averiguado?.

CLARA EUGENIA -.

Mari Paz se ha enfadado,
al ver que su señora
en esperanzas, encontrado
un alivio a su cuerpo,
una alegría para su Alma
teniendo un bebé en su tiempo.

SR. ALFONSO -.

Sí, dilo, hay que decirlo;
a sus cincuenta años,
ella espera un bebé
sin ella haberlo pensado.

CLARA EUGENIA -.

Es mujer fértil,
su mujer de una vez;
es mujer que no se agota
ni deja ella querer.

Entran; Fernando, Juan Carlos, sin recado útil.

CLARA EUGENIA -.

¿Qué hay, hijo, de eso;
de buscar a nuestra amiga
por las calles de este pueblo?.

JUAN CARLOS -.

Ni rastro de ella
hemos, nosotros, encontrado.

FERNANDO -.

Por lo menos una niña
nos ha dicho; que ha visto
a mi chica metida
en el autobús
y a la Capital
se ha marchado.

CLARA EUGENIA -.
¿Qué quieres, tú por ahora;
si tu chica ha cogido
un complejo desesperado?.

FERNANDO -.
Algunas tantos y otras
están por aún esperarlo.

Entran Leandro y Miriam en el patio desde la calle.

MIRIAM -.
¿Sabéis, vosotros, algo?.

CLARA EUGENIA -.
Sabemos como vosotros,
que se ha marchado.

MIRIAM -.

A la Capital se ha marchado,
y por nuestras sospechas
a la consulta, habrá entrado,
de un médico especialista
de las mujeres,
se ha marchado.

C A N T A R – 3

Aquí; aquí estamos todos,
aquí esperando
noticias de nuestra amiga,
de nuestra vecina Mari Paz,
aquí nos encontramos.
Que si ésta buena mujer
en su vientre ha brotado
esa rosa matutina,
y que en el otro ni un clavel
a la puerta ha asomado.
No puede con ese agobio,
de saber que no puede tener
descendencia a su modo;
se fue, se fue y se fue
para que la implantasen a ella

esa semilla que después
germine en dicha buena.
Hay que ver lo que ha formado
la señora Teresa a nuestra amiga
Mari Paz la doncella;
y la otra señora mucho,
no deja de ser curioso
el caso que de el tratamos.

ESTRIBILLO -.
La una con mucho,
la otra con poco;
por no decir que con nada
de esperanza que tenga
descendencia a su modo.

Al terminar el cantar se ve que tiran a un señor por dentro de la puerta del patio. Acuden todos a redimir a dicho señor.

JUAN CARLOS -.
Se ve que le hayan pegado,
contudentemente en la cabeza
un buen palo.

FERNANDO -.

Y aquí le han tirado,
como si fuese el un saco.

CLARA EUGENIA -
¿Habrás que curarlo?.

JUAN CARLOS -
Habrás que llamar
a la autoridad competente,
antes de tocarlo.

MIRIAM -
Se desangra éste hombre;
hay que curarlo.

Se quita la camisa Juan Carlos, quedándose en camiseta, para aplicársela, con mucho cuidado, en la herida hasta que llegue la autoridad competente, que no tarda llegar llamada por los componentes de dicha comuna.

MIRIAM -
Aquí, aquí está
el buen señor tumbado.

Se aproxima a el la policía haciendo gestos de desagrado.

SARGENTO -.

¿Quién ha sido?.

FERNANDO -.

Vimos que le han tirado
dentro de nuestro patio.

SARGENTO -.

Después de darle un golpe,
que al suelo le ha tumbado.

JUAN CARLOS -.

Perdone usted, mi Sargento;
a éste hombre le han tirado
dentro de nuestro patio,
estando ya él dolorido
y mi camisa tapando
le he puesto yo en la herida
para parar tanto daño.

SARGENTO -.

Sí, porque la sangre ha corrido
como corre un arroyo
en medio del campo.

SR. ALFONSO -.

¿Entonces, qué dice usted?.

SARGENTO -.

Marchemos para el cuartelillo,
que quiero saber qué ha pasado.

Se ven a todos en el cuartel bajo rejas en espera de la justicia, mientras suena una músicaailable, teniendo que salir los señores espectadores al pasillo para bailar.

Se arrima un poco el señor Alfonso a donde se encuentra el Sargento.

SR. ALFONSO -.

¿Se ha salvado?.

SARGENTO -.

Se ha salvado.

SR. ALFONSO -.

(Mirando a sus vecinos).

¡Por lo menos se ha salvado!.

Mientras el señor Juez entra para aclarar lo sucedido.

SR. JUEZ -.

A ustedes yo me refiero:

¿Sabén lo que ha pasado?.

JUAN CARLOS -.

Ni uno, ni otro
sabemos qué ha pasado.

SR. JUEZ -.

¿Qué contestan las otras personas
antes de involucrarlos
en este echo fatídico,
cometido en su patio?.

Se pone nervioso el señor Alfonso y contesta él pronto.

SR. ALFONSO -.

No, señor Juez,
que fue mas bien tirado
a nuestro patio
ése hombre,
que herido pareció tumbado.

SR. JUEZ -.

Tengo que confirmarlo;
y por ahora les digo,
váyanse a sus casas,

permaneciendo en ellas
hasta que se haya aclarado
este caso que nos atañe,
con muchísimo cuidado.

Se ven en el patio a todos con caras serias y afligidas.

MIRIAM -.

Nos lo han colocado.

LEANDRO -.

¿El qué?.

MIRIAM -.

Este caso, en nuestro patio.

CLARA EUGENIA -.

Confío en la justicia:

Ya verán qué ha pasado;
quién fue el malhechor
que un golpe le ha asestado
a ése hombre desdichado.

Se ve ponerse mala a la señora Teresa y Juan Carlos pide permiso para llevarla al
Hospital, llegando la policía para escoltarlos.

CLARA EUGENIA -.

Ha hecho bien mi chico,
pedir permiso al señor Juez
para llevar a la señora Teresa
al Hospital después de llamarlo.

SR. ALFONSO -.

Corramos y no tardemos
para llevar a mi señora
a los cuidados intensivos
de una sala vigilada.

La policía para con la mano a todos, menos al señor Alfonso y a Clara Eugenia.
Viéndose a los demás un poco apurados en el patio. Sale un mímico a trabajar y al
termino el cual, comienzan a dilucidar lo que estará pasando con la señora Teresa.

JUAN CARLOS -.

(Mira hacia una parte).

¡Vaya!; aquí se le ha dejado.

MIRAM -.

¿El qué?.

JUAN CARLOS -.

El móvil mi chica:
¿Diréis, cómo la llamamos?.

Se quedan, todavía, con las caras más tristes y desoladas todos.

LEANDRO -.
¿Llamamos, llamamos?.

FERNANDO -.
¿A quién?.

LEANDRO -.
Pidiendo permiso
para salir a preguntarlo;
eso que nosotros queremos
saber. en estado desolados.

Entra de improviso Clara Eugenia en el patio dando la noticia.

CLARA EUGENIA -.
Alumbró, ya está;
alumbró.

LEANDRO -.
¡Jesús!; ¿qué es eso?.

CLARA EUGENIA -.

Que ha dado a luz
una niña muy bella.

TODOS -.

¡AH!

MIRIAM -.

Ya tenemos, ya tenemos
una niña en este patio.

JUAN CARLOS -.

¿Y nosotros qué hacemos?.

CLARA EUGENIA -.

En cuanto podamos
saldremos a verla corriendo.

LEANDRO -.

Pues para entonces es tarde;
salgamos y no pensemos
por más tiempo,
si debemos hacerlo.

JUAN CARLOS -.

¿Han traído el requerimiento?.

LEANDRO -.

Aquí no han traído nada;
que nos diga, qué hacemos.

JUAN CARLOS -.

Entonces permanezcamos quietos

Se ve entrar a la policía judicial con un requerimiento, entregándoselo a Juan Carlos y
marchándose con un saludo.

JUAN CARLOS -.

Aquí dice que se ha levantado
la prevención a nuestras personas,
al contrastarse los hechos.

LEANDRO -.

¡Bien!.

MIRIAM -.

¡Bien!.

FERNANDO -.

¡Ahí nos vemos!.

CLARA EUGENIA -.

Salgamos corriendo.

JUAN CARLOS -.

Que para entonces es tarde

y por ahora podemos

ir al Hospital

para ver esa cara de Ángel

que en el patio ya tenemos.

Quieren salir todos al Hospital, cuando entra el Sr. Alfonso.

SR. ALFONSO -.

Aquí yo vengo:

A por ropa de mi niña,

a decir yo contento;

que no os dejan entrar

a donde están ellas

por mucho empeño

que pongáis en vuestro cuerpo.

Se quedan tranquilos todos al saber que la “septicilla” está bien, al igual que la madre; saliendo el señor Alfonso con unas ropitas para la niña. Sale un Cowboy a cantar y al final de su trabajo entra un mozo de conocimiento un poco retrasado.

LEANDRO -.

¿Qué dice éste chico?.

CLARA EUGENIA -.

Parece que le pide algo.

JUAN CARLOS -.

O parece que está él malo.

MIRIAM -.

Se echa mano al estómago,

pasando por el corazón,

se toma él el pulso

sin tino, ni razón.

CLARA EUGENIA -.

Porque está él disminuido

de esa misma razón

que aquí tú has mentado

al verle temblar, ¡por Dios!.

Se sienta el chico en una silla y se desmaya.

JUAN CARLOS -.

No salimos de una;
cuando nos metemos en otra.

CLARA EUGENIA -.

¿Y ahora quién nos saca
de esta a todos nosotros?.

Se ve entrar al Sargento en el patio.

SARGENTO -.

Esta vez es comprensivo;
éste chico se ha escapado
del Hospital hace un rato.

Se le lleva el Sargento al chico una vez que se ha reanimado, entrando el cartero, (que puede ser la misma policía con papel doble), entregando una carta a Fernando.

FERNANDO -.

Remite mi Mari Paz,
desde la Capital.

JUAN CARLOS -.

Por lo menos ya sabemos
dónde se encuentra.

FERNANDO -.

Me dice: Que con rabia, ¡AH!,
en la clínica me espera.

MIRIAM -.

¿Sabes tú dónde está?.

FERANDO -.

Hemos ido otro año
y no cuajó el trabajo.

CLARA EUGENIA -.

Pues entonces ya sabrá
de qué clínica se trata.

FERNANDO -.

La hicieron el in vitro
a mi chica sin suerte;
y ahora, ella querrá
volverse hacer las pruebas,
que pueda ella quedar
embarazada de mí

aunque sea a distancia.

LEANDRO -.

¡Acabáramos!.

MIRIAM -.

A ella la ha dado envidia
de la señora Teresa ya;
y levantó polvorilla
marchando a la Capital.

FERNANDO -.

Pues claro, hija,
claro que es eso;
si no de donde se va.

Se entra Fernando en casa viéndosele salir bien vestido con idea de marchar a la Capital.

Se dan la mano Leandro y Juan Carlos.

JUAN CARLOS -.

Te deseo buena suerte,
que salga todo ideal.

FERNANDO -.

Y yo te doy las gracias

Por el interés que te das.

Entra el señor Alfonso y la señora Teresa en el patio con la niña en los brazos. Salen todos corriendo para hacer carantoñas a la niña, y la coge en los brazos Juan Carlos.

JUAN CARLOS -.

EA, que EA mi niña
qué bonita está.

CLARA EUGENIA -.

(Riéndose)

¿Pues qué será cuando
tengas una niña de verdad?.

MIRIAM -.

Se va a volver él loco.

LEANDRO -.

Loco de atar.

Se entran en sus respectivas casas todos y se ve a Juan Carlos salir para escuchar el llanto de la niña, al tiempo que sale, también, Leandro.

LEANDRO -.

(Tocándole a Juan Carlos en el hombro).

Se ve que quieres encontrar
una ventana, una puerta
para poder tú entrar.

JUAN CALOS -.

Tú estás en la zaga,
y también quieres entrar;
que se te nota en la cara.

LEANDRO -.

Es bella como ella misma
y preciosa de azahar.

JUAN CARLOS -.

Huele a esencia de nardos,
a un olor de azahar.

LEANDRO -.

Es suave como seda.

JUAN CARLOS -.

Es carita de una diosa,
de una diosa inmortal.

LEANDRO -.

Tal vez del Olimpo
se ha escapado ella ya.

Se van a casa y amanece el nuevo día, entrando en el patio Fernando y Mari Paz.

SR. ALFONSO -.

Perdida estuvo dos días
ésta chica que aquí entra;
perdida estuvo sin dicha,
sin sosiego en su vida.

SA. TERESA -.

Buscando, se fue a la Capital,
la fertilización in vitro;
ese hecho corporal
que todas las mujeres quieren
su cuerpo germinar.

MIRIAM -.

Sí, esa semilla de hombre
que nos hace respirar
mejor en la vida al tenerla;
la semilla que nos da
esa alegría en la vida,
esa dicha que aquí está.

MARI PAZ -.

¿Y tal vez he hecho mal?.

MIRIAM -.

Has hecho lo propio;
has hecho bien tú mujer
queriendo que en ti germine
esa semilla ideal,
para tener un hijo
aunque sea sin tocarte
a ti tu hombre de paz.

Se le ve a Juan Carlos cambiarla los pañales a la niña, mientras le observan los demás.

MIRIAM -.

¡Qué bien se le da!.

CLARA EUGENIA -.

Pues que se le de igual
cuando tenga una propia;
haber si él la cuida
con ese esmero ideal.

LEANDRO -.

¡Qué va hacer, mujer!;
 también él la cuidará
 con ese esmero que pone
 al cambiar el pañal.

Se le oye estar cantando a Juan Carlos mientras asiste a la niña.

JUAN CARLOS -. (Canta).

¡AH!, mi niña,
 ¡AH!, mi niña:
 Qué bonita
 y qué linda.
 Sus pañales,
 sus pañales
 huelen a rosa
 con olores celestiales.
 ¡Vaya niña!;
 esta niña,
 que en su cuna
 juega ella.
 Juega ella
 con sus pañales,
 juega ella
 espantando los males:
 ¡AH!!, mi niña,

¡AH!, mi niña.

Cuando termina cantar Juan Carlos, aplauden todos.

TODOS -. ¡Bien!.

Se oye un ruido, como que se ha caído algo en el pozo, arrimándose a el con cuidado.

CLARA EUGENIA -.

Será que han tirado
en el pozo algo.

LEANDRO -.

Como un ruido brusco,
y no se ve nada
dentro del pozo.

Sale el Sr. Alfonso para remediar males.

SR. ALFONSO -.

Voy a traer unos ganchos
para rastrear el pozo.

Al tiempo que sale al patio Mari Paz divisando el brocal del pozo.

MARI PAZ -.

No hace falta.

SR. ALFONSO -.

¡AH!; ¿no?.

MARI PAZ -.

Mi cubo se ha caído
dentro del pozo.

SR. ALFONSO -.

Pues con los ganchos saco
ese cubo de inmediato.

MARI PAZ -.

¿Qué es lo que va a emplear?

SR. ALFONSO -.

Para rastrear el pozo;
un metal fuerte
terminado en unos garfios.

MARI PAZ -.

¡Y con eso puede sacarlo?.

SR. ALFONSO -.

Se saca todo de inmediato,
en cuanto uno de esos pinchos
encuentre, a su paso, un hueco
y se meta por las asas
o por el cubo con acierto.

CLARA EUGENIA -.

Se puede, se puede sacarlo;
que he visto yo otro día
sacar a él hasta un jarro.

Saca el cubo el señor Alfonso retirándose todos a descansar, para quedarse solo el Sr.
Alfonso y Clara Eugenia en el patio. Se arrima el Sr. Alfonso a Clara Eugenia.

SR. ALFONSO -.

Hay quien se cansa de la edad.

CLARA EUGENIA -.

Pues yo no me canso.

SR. ALFONSO -.

Mocita tú serás
muchos años en la feria.

CLARA EUGENIA -.

Pues para la otra, ni hablar;
que pienso estar casada,
celebrando esa fecha.

SR. ALFONSO -.

Tu cara, primavera,
tus dientes de perlas,
tus ojos Luceros,
tus manos de seda,
tu pelo suave,
suave se apresta
a ser acariciado
en esa cabeza.

CLARA EUGENIA -.

No pienso dejarlo,
que a mí me acaricie
mi pelo suave
que no fuese mi chico,
en presencia vuestra.

SR. ALFONSO -.

¿Aquí en el patio?.

CLARA EUGENIA -.

A la luz del día
y ante las gentes.

SR. ALFONSO -.

Estrecha te encuentras.

Sale Juan Carlos al patio, entrándose en casa de inmediato el Sr. Alfonso.

JUAN CARLOS -.

Algo de pelo
he oído hace un rato.

CLARA EUGENIA -.

De un minino
que ha entrado
con gusto lamiendo
mis piernas sanas,
las medias de seda.

JUAN CARLOS -.

¿Por eso hay que acariciarlo?

CLARA EUGENIA -.

Indefenso el felino,

se fue hace un rato
derecho a la calle
sin miedo a encontrarlo.

JUAN CARLOS -.

Alguna gatera
el ha encontrado.

Se entran en casa los dos enamorados; mientras entran unos chavales pintando las
paredes del patio. Sale a ellos el señor Alfonso.

SR. ALFONSO -.

¿Haber, chavales, qué hacéis?.

CHAVAL -1 -.

Como aquí se celebra
la fiesta de todo el año,
este patio es público
y hemos entrado a pintar
unos graffiti de gusto.

SR. ALFONSO -.

¿De gusto, dices?;
y te has quedado así,
si eso mas bien parece

algo que no se entiende.

CHICO -2 -.

Marchémonos, que aquí no nos entienden.

Salen corriendo los chavales, mientras el Sr. Alfonso coge un cubo y una bayeta, queriendo fregar las pinturas, al tiempo que sale Juan Carlos.

JUAN CARLOS -.

No lo toque, ni siquiera.

SR. ALFONSO -.

¿Es que te parece bonitas estas figuras en la pared?.

JUAN CARLOS -.

Como intente quitarlas tendremos, después, que pintarla.

SR. ALFONSO -.

¿El qué?.

JUAN CARLOS -.

La pared, por desgracia.

SR. ALFONSO -.

¿Y eso?.

JUAN CARLOS -.

Se quedará pintada
la pared de esos colores,
sin remedio de quitarlos.

SR. ALFONSO -.

¿Costándonos una derrama?.

JUAN CARLOS -.

Para poderlas quitar
esas pinturas no deseadas.

Dejan las pinturas en la pared, como si estuviesen embelleciendo dicha pared. Sale la

SA. Teresa al patio.

SA. TERESA -.

En el ambulatorio me toca.

SR. ALFONSO -.

¿El qué te toca, mujer?.

SA. TERESA -.

Llevar a nuestra hija
para que la pongan la vacuna
pertinente, a la hora ya pactada.

SR. ALFONSO -.

Que te acompañe a ti alguien,
que yo me pongo muy malo;
en cuanto veo hacer daño
a mi niña, que es muy buena.

Se oye una voz desde la escalera, siendo Clara Eugenia.

CLARA EUGENIA -.

Yo la acompañaré
a la señora Teresa.

JUAN CARLOS -.

y yo os llevaré.

Salen con la niña hacia el Ambulatorio, mientras el Sr. Alfonso permanece en el patio.

SR. ALFONSO -.

Esta rodilla no me deja.

Entran unos chicos en el patio postulando.

CHICO -1 -.

Señor: ¿Nos compra una papeleta?.

SR. ALFONSO -.

¿Y esto; para qué es?.

CHICO -2 -.

Postulamos para la fiesta,
para la Virgen de este pueblo.

SR, ALFONSO -.

Pues entonces, yo os compro
por lo menos dos
papeletas, en el patio.

CHICO -1 -.

¿Por qué no tres?;
si la hemos visto salir.

SR. ALFONSO -.

¿A quien?.

CHICO -1 -.

A su mujer hace un rato.

CHICO –2 -.

Y con su hija en los brazos.

CHICO – 1 -.

Por eso tres papeletas.

CHICO – 2 -.

Y aquí le dejamos rezando.

SR. ALFONSO -.

Por mis hijas,

por mi señora

y por mi persona

que está en el patio esperando.

Salen los chicos a la calle y se vuelve a quedar el señor Alfonso a solas. Mientras tanto hay cantes regionales; y mientras cantan se ven colgar al coro, guirnaldas y faroles en el patio.

SR. ALFONSO -.

Eso, eso; para cuando venga

mi mujer con mi niña;

para que vea puesta

esta cosa en el patio.

Se vuelve a quedar solo el señor Alfonso, saliendo al patio para colgar unas prendas

Mari Paz.

SR. ALFONSO -.

Después habrá que quitarlo.

MARI PAZ - .

Es momentáneo;

hasta que haya gente en el patio.

SR. ALFONSO -.

Luego se quitan las prendas;

pues no embellecen al patio.

Llegan la SA. Teresa con su hija y Clara Eugenia con Juan Carlos.

SA. TERESA -.

¿Eso es la bienvenida?.

SR. ALFONSO -.

¿A qué te refieres?.

SA. TERESA -.

Nos están, aquí, esperando;

esas prendas tan queridas
por alguna persona,
que no la nuestra.

SR. ALFONSO -.

Las quitará de inmediato;
pues secas las veo ahora,
sin que pueda esperarlo.

Se ve al patio limpio, después que Mari Paz haya retirado sus prendas del tendedero del patio. Al momento sale dando voces Mari Paz en el patio.

MARI PAZ -.

¡Vecinos!, ¡vecinos!.

Salen todos al patio para ver qué es lo que quiere Mari Paz de ellos.

CLARA EUGENIA -.

Salimos a tu reclamo.

JUAN CARLOS -.

Para ver lo que nos quieres.

SR. ALFONSO -.

En esta hora postrados

estábamos entre siesta.

SA. TERESA -.

Y a tus voces hemos salido
con motivo apresurado.

MARI PAZ -.

¿Sabéis lo que os digo?.

SA. TERESA -.

Dilo; y no te cortes al hacerlo.

MARI PAZ -.

Que el “Predictor” ha hablado.

SR. ALFONSO -.

Jesús; hasta las cosas
hablan en este patio.

MARI PAZ -.

Dice que estoy en gracia;
que en mi cuerpo ha germinado
la semilla que me pusieron
hace ya una semana.

SA. TERESA -.

¿Qué bien!.

C A N T A R – 4 -.

¡Aleluya!, ¡aleluya!;

que aquí nuestra vecina

encinta, está esperando

un bebé muy guapo.

¡Aleluya!, ¡aleluya!;

en ella se ha transformado

esa semilla la pusieron

en su cuerpo ha germinado,

y ahora va ha tener

un bebé a sus años:

Pues los treinta ha cumplido

y no quiere esperarlo

por más tiempo que ella viva

a su hijo, que es un milagro.

¡Aleluya!. ¡aleluya!;

aumentamos ya en el patio

la familia bien allegada

de esta comunidad dorada.

Aumentamos sin saber

que pronto nos haremos mayores,

para criar y educar

a nuestros hijos, con amores,
con buen trato e interés
para que sean educados:
¡Aleluya!, ¡aleluya!.

FERNANDO -.

¿Qué quieres que yo te cuente,
qué quieres que yo te diga?;
si mi alegría es impar
y mi gozo de inmediato
se ha transformado en algo
que me sale del corazón
como un volcán erutando
ese efluvio de lava:
Me está aquí abrasando,
sin hablar una palabra,
que soy hombre agraciado.

MARI PAZ -.

Pues si tú eres agraciado,
yo soy mujer que no para
decir a voces que estoy
yo mas bien embarazada.

FERNANDO -.

¿Qué quieres que yo te cuente,

qué quieres que yo te diga?:

¡Aleluya!, ¡aleluya!.

MARI PAZ -.

¡Aleluya!, ¡aleluya!.

Se entran en casa todos, para volver a salir de ella trayendo unos refrescos, otros pastas
y así todos.

SR. ALFONSO -.

Ahora vamos a brindar.

con nuestro mejor orgullo,

por algo que aquí ha pasado;

una vida se ha creado.

TODOS -.

¡Aleluya!. ¡aleluya!.

Se ve ir de allá para acá a todos hablando entre ellos y hasta entran gentes de la calle al
ver tanto jolgorio, acostumbrados a tener fiesta en el patio. Brindan todos al enterarse de
la nueva buena, entrando en el patio la policía para tener cuidado del orden.

CLARA EUGENIA -.

¡Hay que ver lo que es el patio!.

JUAN CARLOS -.

Se forma aquí una fiesta;
por muy poco en este patio.

CLARA EUGENIA -.

Por poco no ha sido;
que por algo se ha formado,
al concebirse una persona
en éste Mundo Sagrado.

MIRIAM -.

Y aunque en sí no les importa,
a las gentes de la calle;
todo el mundo se alegra
de estas cosas que han pasado.

SA. TERESA -.

Nosotros bien nos alegramos;
que así ya mi niña
tendrá con quien jugar
en este, nuestro, patio.

Sale un Cowboy a cantar, mientras sigue la fiesta felicitándose los unos a los otros al
cabo de terminar el cante, se marchan las personas ajenas al patio.

Comienzan a barrer el patio entre todos; pues han quedado papelillos por todo el suelo.

Se entra en casa la señora Teresa y sale con su hija para mecerla en el patio. Se acerca

Miriam a ellas.

MIRIAM -.

¡Me parece, me parece! . . . ? . . .

SA. TERESA -.

¿Qué te parece, hija?.

MIRIAM -.

No sé; pero me parece . . .

Al tiempo que la niña emite un sonido, entendiéndolo Miriam como que llama al padre

la niña.

MIRIAM -.

¡Eso!; eso he querido decir;

¿la habéis bien escuchado?.

CLARA EUGENIA -.

Como su voz es mortecina,

no he oído ese bostezo.

MIRIAM -.

No ha sido un bostezo;
es más bien que ha hablado.

JUAN CARLOS -.

¡Anda!; ¿y que eso lo digamos?.

MIRIAM -.

Ha dicho: Papa
en su lengua, ha hablado.

MARI PAZ -.

¡Toma!; y si la sigues poniendo
la mano en la boca
para quitársela corriendo,
repitiendo a ella la historia;
todas las veces la oirás
llamar “papa” obligada.

SR. ALFONSO -.

Ya decía yo que no podía ser
hablase, ésta, mi niña
tan clarito en el patio
al tener unos pocos meses;
y es que ella la ha obligado.

Repite los hechos Clara Eugenia, oyéndose a la niña decir algo así como, “papa”, al golpearla con la mano la boca, mientras se lo va diciendo Clara Eugenia con cuidado dicha palabra.

JUAN CARLOS -.

Se te da bien los niños:
¿Pero tú ha quién has criado?.

CLARA EUGENIA -.

En mi imaginación
yo tengo puestos los cuidados
de un hijo ficticio;
al ver a la niña a mi lado.

MARI PAZ -.

Y a mí me está haciendo
que me sienta ya hasta madre,
sin haber yo alumbrado
a mi hijo mis entrañas:
Siento estos hechos más humanos.

FERNANDO -.

Da tiempo al tiempo, mujer;
que todo llega a su tiempo
si tú lo puedes comprender.

MARI PAZ -.

Lo daré, lo daré.

Se apagan las luces, quedándose una luz mortecina, para volverse a encender más tarde todas las luces; dando sensación de que ha pasado el tiempo.

Se ve correr por el patio a una niña, mientras que un pequeñín juega con una paleta y un cubo en el suelo.

SR. ALFONSO -.

¡Qué bien se llevan!

MARI PAZ -.

Se están llevando.

SA. TERESA -.

Que nadie a mí me diga;
que estos chicos no se entienden,
entre ellos hay sesafil
de amistad de la buena.

FERNANDO -.

Sí; porque cuando la mira
el niño a la niña a la cara,
es cuando sabe donde poner

ese cubo con arena
para recogerla con la paleta
con movimientos mandados.

MARI PAZ -.

Y cuando se cae mi niño,
su niña, señora Teresa
le levanta con cuidado.

JUAN CARLOS -.

Vaya par de chavalillos,
jugando en este patio.

SR. ALFONSO -.

Y es que el tiempo ha pasado;
el niño tiene un año
y la niña tiene dos años.

SA. TERESA -.

¿Quién decía que corre el tiempo
como Águila dorada?;
que ni se la ve en las alturas,
por la fuerza de ese viento
que la lleva a la montaña.

MARI PAZ -.

Pero el tiempo ha pasado.

Mientras tanto echan de menos a la niña de la señora Teresa.

SA. TERESA -.

¡AH!

SR. ALFONSO -.

¿Qué ha pasado?.

SA. TERESA -.

¡Mi niña!; mi niña

ha desaparecido.

SR. ALFONSO -.

En el patio está jugando.

SA. TERESA -.

Mira bien, haber si la ves

jugar tú en el patio.

Al no ver a la niña se miran unos a los otros poniéndose nerviosos.

MIRIAM -.

¿Pero si estaba aquí,
hace un momento en el patio?.

CLARA EUGENIA -.
Pero ahora se ha marchado.

JUAN CARLOS -.
¡Qué rapidez estos críos!
cuando se mueven jugando.

FERNANDO -.
Tendremos que hacer algo.

JUAN CARLOS -.
Iremos a buscarla a ella
y si después no encontramos
a la niña en ninguna parte;
a la autoridad llamamos.

LEANDRO -.
¡Eso!.

SR. ALFONSO -.
Eso, será lo que hagamos.

SA. TERESA -.

Para luego es tarde,
que para ahora es temprano.

Salen a buscar a la niña la mayoría, quedándose con el niño Mari Paz en el patio, Y
como quiere subirse al brocal del pozo el niño sale Mari Paz a sus cuidados.

MARI PAZ -.

No; estate quieto, Cielo:
No te subas al brocal,
no te acostumbres hacerlo.

Entra un señor corriendo al ver que el niño se quiere subir al brocal, pero llega antes

Mari Paz.

SEÑOR -.

He recibido un susto,
al pasar por esta puerta;
he visto que el niño
gateando se subía
al brocal con pericia.

MARI PAZ -.

Pero antes he llegado
a remediar el daño.

SEÑOR -.

Veo que ha pasado
el peligro a este niño;
aquí no hago ya falta,
por eso con su permiso
me retiro y me marchó.

MARI PAZ -.

Sí; vaya usted con Dios
y agradecida le quedo
por su buena voluntad
que puso usted en el empeño,
de coger a mi hijo antes
que al brocal se subiese
corriendo desde la calle.

SEÑOR -.

Pues, ¡EA!; quédese en paz señora,
que de aquí me marchó contento
al ver que no ha pasado
nada, por su acierto
de coger a su hijo antes,
se subiese al brocal
con un impulso de suerte.

Se quedan a solas Mari Paz y el niño, al tiempo que entran todos los demás.

SR. ALFONSO -.

La hemos buscado en la plaza,
en los juegos recreativos,
en el parque de los niños . . .

LEANDRO -.

La hemos buscado
por todos los sitios
y ni rastro de ella
hemos encontrado;
aunque la hemos buscado
por todos los sitios.

MIRIAM -.

¿Qué muñeca la falta?.

SA. TERESA -.

¡Muñeca!; ande, quite:
Si ella con lo que juega
son con estampitas,
algunas figuras de Santos
y alguna cara bonita

que muestran esas estampas
de la Virgen en su ermita.

CLARA EUGENIA -.

Pues antes pasó la carroza
que llevará a la Virgen
en la procesión del Rosario.

Se miran todos a la cara al oír eso y sale Juan Carlos como si supiese donde buscarla;
llegando al rato con la niña en los brazos.

JUAN CARLOS -.

Aquí la traigo.

SA. TERESA -.

¡AH!; ¿Lo has pensado;
donde estaba mi niña?,
si hace un rato
la hemos buscado
por todas las calles
con buen cuidado.

JUAN CARLOS -.

No sé si rezando;
pero estaba en la Iglesia

sentada en un banco,
mirando a la Virgen
con ojos abiertos,
de par en par,
que parecía hablaba
con esa carita,
hermosa y pura,
que tiene la Virgen
en su Altar.

CLARA EUGENIA -.

Por eso he hablado
y he dicho que antes,
por aquí ha pasado
la carroza vestida
para celebrarlo
ese día de fiesta,
rezando a la Virgen
y al Sagrario.

Se ve ir de procesión a todos detrás de la carroza, con jolgorio y mucha alegría.

MIRIAM -.

Hoy aquí cantamos,
bailamos y saltamos

en el prado;
delante de nuestra Virgen
para celebrarlo.

JUAN CARLOS -.
Celebramos este día
entre los que podemos
saltar y bailar en la fiesta
que celebramos.

Hay tiovivo y casetas, así como veladores puestos para tomar un refrigerio. Salen a bailar al son de la orquesta, que puede nombrarse aunque no se vea. Se juega al cambio de pareja; bailando Juan Carlos con una bella chica.

JUAN CARLOS -.
A ti te conozco;
te he visto a veces
en la Iglesia.

CHICA -.
Soy devota de la Virgen,
y voy a ella
para rezarla y pedirla
por todas las personas.

JUAN CARLOS -.

¿Y por ti, ni pides?.

CHICA -.

Pido por el Mundo,
por las personas;
que sean más buenas
todas las gentes
en ésta Tierra.

JUAN CARLOS -.

¿Pero por ti pides?.

CHICA -.

Sería un escándalo;
venir a rezarla
pidiendo por una
y olvidando a las otras.

JUAN CARLOS -.

Eso es devoción; ¡sí señora!.

Ha oído toda la conversación Clara Eugenia al bailar con un apuesto galán cerca de la pareja. Pone cara de no gustarla y cuando se vuelven acercar se va a la mesa sin hablar una palabra, una vez sentados en el velador.

JUAN CARLOS -.

¿Qué te pasa?.

CLARA EUGENIA -.

A mí nada.

JUAN CARLOS -.

¡Pues quién lo dijera!.

CLARA EUGENIA -.

No tengo pena.

JUAN CARLOS -.

A eso me refiero;
que algo te aqueja.

Después de pensar un poco Clara Eugenia, replica.

CLARA EUGENIA -.

¿Yo te conozco?.

JUAN CARLOS -.

Pues, claro, mi Cielo.

CLARA EUGENIA -.

La dijiste a ella.

JUAN CARLOS -.

¡AH!; ¿es eso?.

CLARA EUGENIA -.

Y ella, pide que pide;

Dios sabe a quién

se encomienda.

JUAN CARLOS -.

A la Virgen Santa,

Se encomienda ella.

CLARA EUGENIA -.

O a San Antonio Bendito;

para que la remedie

su soledad, en ella.

JUAN CARLOS -.

No digas eso.

CLARA EUGENIA -.

¡Ahí te quedas!.

Se levanta Clara Eugenia iniciando el camino de casa; al tiempo que se ve salir hacia su casa a Leandro. Se va Juan Carlos con Miriam.

JUAN CARLOS -.

¿Qué le pasa?.

MIRIAM -.

Con disimulo,

Con disimulo:

¿Ves a ese joven

con el que he bailado,

por haberme tocado?;

pues Leandro ha cogido

un buen rechazo.

JUAN CARLOS -.

¿Y qué?.

MIRIAM -.

¿Cómo que qué?:

Tú le ves bien;

alto y fuerte,

gafas negras

con mirada pura

y ojos de gavilán.

JUAN CARLOS -.

Pues eso; él ha cogido

ese rechazo

creyendo algo

fuese de espanto.

MIRIAM -.

¿Y tú qué dices?.

JUAN CARLOS -.

Tener una chica

con esta figura;

tener un amor

que no se pueda guardarlo

por tanta belleza

en la cara pura,

es un fastidio

ya superior.

Le mira Miriam a Juan Carlos con interés.

MIRIAM -.

Yo no sabía

me apreciases así;
yo no sabía
qué frenesí
te salía al hablar,
al hablar de mí.

Se miran a los ojos al comprobar se aprecian.

JUAN CARLOS -.
¿Me quieres decir algo?.

MIRIAM -.
Las gracias te doy,
por este regalo.

JUAN CARLOS -.
¿Tú gracia me quiere?.

MIRIAM -.
Mi persona te aprecia;
puedes contarlo.

JUAN CARLOS -.
Marchemos para casa
y ya en el paso . . .

MIRIAM -.

Mira que me pierdes

tú a mí, Juan Carlos.

JUAN CARLOS -.

Pero en el campo.

MIRIAM -.

No hay ocasión.

JUAN CARLOS -.

¿Por qué?.

MIRIAM -.

Se están levantando

el matrimonio

para marcharse

con nosotros dos

a nuestro patio.

Se van juntos a la comunidad, encontrando en el patio a Clara Eugenia meciéndose en

una poltrona.

SA. TERESA -.

¡Jesús!; ¿quién dijera,
que la gracia te diera
a ti esa Virgen,
en esta fiesta.

CLARA EUGENIA -
Me la dio la Virgen,
me la quitó a mi alguien
que yo creía
fuese de vera;
ese su cariño,
que a mi me diera.

JUAN CARLOS -
Querer es cierto,
que te estoy queriendo;
amor suplico,
con mucho acierto,
de tu bello cuerpo.

CLARA EUGENIA -
Amor te diera,
si tú ya fueras
mi fiel compañero.

Se entra Clara Eugenia en casa y sale al patio Miriam.

MIRIAM -.

Te veo solo
en este patio.

JUAN CARLOS -.

Solo y lánguido
me veo en el patio.

MIRIAM -.

Si te parece retomamos
nuestra grata conversación
que hace poco iniciamos.

JUAN CARLOS -.

¿Y proseguimos donde lo dejamos?.

MIRIAM -.

¡Mira que estamos en el patio!.

JUAN CARLOS -.

Siempre está el trastero
donde podamos amarnos.

MIRIAM -.

¿Y repartir nuestro amor
por todo este patio?.

JUAN CARLOS -.

Guárdalo en secreto,
que nos deseamos;
para no decírselo a nadie:
Podemos callarnos.

MIRIAM -.

Una mujer no espera
para callarlo,
ese cariño que brota
dentro de ella.

JUAN CARLOS -.

Será poca cosa
lo que callaremos;
si quieres hablarlo.

MIRIAM -.

¿Por qué?.

JUAN CARLOS -.

Porque no llegaremos
a nada en concreto.

MIRIAM -.

Me dijiste: Te quiero,
y ahora no puedo
callarme en secreto
este nuestro cariño,
cariño me muero
por tus bellas palabras,
por tus caricias me muero.

Juan Carlos, poniendo las manos por delante para que no se acerque a él más Miriam.

JUAN CARLOS -.

Me provocas miedo.

MIRIAM -.

¿Creí eras hombre,
que me acogieras?.

JUAN CARLOS -.

Te cojo en mis brazos,
te acaricio lento,

te beso en la frente . . .

Al oír lo del beso, pone los labios Miriam para que lo haga; pero al oír que es en la

frente se extraña.

MIRIAM -.

¿Por qué en la frente?.

JUAN CARLOS -.

Si vamos hablarlo,

será que no puedo;

presentas un cuadro

de amante bueno.

Le atrae hacia sí Miriam a Juan Carlos propinándole un beso en los labios.

MIRIAM -.

¿Te ha gustado?.

JUAN CARLOS -.

Eso debía yo preguntarlo.

MIRIAM -.

Pero tú insististe;

aunque no te lanzaste.

Sale del trastero Juan Carlos al tiempo que abre la puerta Clara Eugenia.

CLARA EUGENIA -.

Te veo corriendo
a lo largo del patio.

Al tiempo que sale al quite la señora Teresa.

SA. TERESA -.

Yo le he mandado
te pida a ti una pizca
de azúcar moreno
para endulzarme,
con esa bebida
que tomo al tiempo
pensar en mil cosas
y callarme luego.

CLARA EUGENIA -.

Yo bien la entiendo:
Que entre, que entre;
que aquí esperaremos,
haber qué me cuenta
mi amado en secreto.

Entra Juan Carlos en casa, mientras se queda la señora Teresa refunfuñando en el patio.

SA. TERESA -.

Hay que ayudarlos,
a éstos chicos
que no hacen pecados;
solamente amagan
y luego se paran
para pensarlo,
si hacen ellos daños.

Sale Miriam al patio para tender unas prendas y se arrima a ella la señora Teresa.

SA. TERESA -.

¿Estás más descansada?.

MIRIAM -.

No la entiendo, señora Teresa.

SA. TERESA -.

¿Que si tu ser está calmado,
en paz y con aplomo?.

MIRIAM -.

Pues claro que está más descansado;
casi siempre lo tengo;
en paz consigo mismo.

SA. TERESA -.

¿Y con el otro?.

La mira la señora Teresa a Miriam a los ojos, mientras Miriam mira a la señora Teresa
de reojo.

MIRIAM -.

¿No la entiendo?.

SA. TERESA -.

Está tu Espíritu calmado,
con más aplomo
en su cuerpo;
está siendo el mismo hombre
que siempre ha demostrado.

MIRIAM -.

¿A dónde está la Celestina,
en esta trágica obra;
ya que usted cree que atina
a enseñármela y contármela?.

SA. TERESA -.

Es una tragicómica comedia,
que a tragedia no ha llegado.

MIRIAN -.

¿Y en cuanto a lo de Celestina?

SA. TERESA -.

No siempre va haber
una mujer al lado
del galán de la comedia
pinchándolo y enamorándolo.

MIRIAM -.

¿Y por supuesto en esta obra
falta ese personaje;
que amamante los amores
del galán tan deseado?.

SA. TERESA -.

Le falta, hija, le falta
a la obra ese cuento
con que otras comedias tienen
esa poquita pimienta.

Se da unos paseos Miriam cerca de la señora Teresa, para de momento pararse hablarla.

MIRIAM -.

¿Y usted qué me aconseja?.

SA. TERESA -.

Nada de otros males,
que se pierda en este patio
una persona por otra;
si mis consejos valen.

MIRIAM -.

Ya veo que sí valen.

Se entra Miriam muy decidida en casa, mientras sale al patio Juan Carlos al haber visto hablar a la señora Teresa con Miriam.

JUAN CARLOS -.

¿Qué me dice esta tarde:
Qué gratas están las flores
a la brisa en este patio?.

SA. TERESA -.

Solamente ha habido una,

que sus pétalos ya es tarde
para brillar con colores
de rosa imponente, esta tarde.

JUAN CARLOS -.

Y esa ha sido la fortuna
de encontrarse con sus males.

SA. TERESA -.

Con su buena fortuna
a la sombra de este patio,
a la sombra esta tarde.

JUAN CARLOS -.

¿Y a mí, usted, que me dice?.

SA. TERESA -.

Te digo: ¡Ten cuidado, hijo!,
que solamente una vida
se vive en éste Mundo
y es mejor vivirla
con agrado muy profundo.

JUAN CARLOS -.

Ni requiebros, ni suspiros;

como en otras partes hay
de sandeces y de historias,
metiendo se entre medio
de los enamorados, yo digo.

SA. TERESA -.

Pues sí, hijo, dilo;
que aquí no hay Celestina
que se apreste amarte:
Aquí hay una señora
que te aconseja de frente
para que no la armes.

JUAN CARLOS -.

Entendido, por supuesto,
que de aquí yo marchó
a mi casa por ahora
con Espíritu funesto.

SA. TERESA -.

Con Dios, te vayas, hijo,
a tu casa muy derecho.

Se entra Juan Carlos en casa y sale Clara Eugenia.

CLARA EUGENIA -.

Me ha llegado,
me ha llegado;
pensativo y contento.

SA. TERESA -.

¿Qué más quieres, hija;
qué más quieres que te llegase,
si acaso no lo deseas
se calme el tiempo pasado?.

CLARA EUGENIA -.

Se ha calmado,
se ha calmado;
se lo digo como lo veo.

Salen todos para cantar en el patio.

C A N T A R - 5 -.

Así, así, así se baila
en este patio;
así se canta,
con cante vario.
Aquí las flores
florece pronto;

aquí las mujeres
están de buen ver
ellas, sus fieles
galanes enamorados
las aprecian mucho,
entre nosotros.

Quererse pueden
éstos jóvenes
entre ellos;
quererse pueden,
amarse mucho,
sentirse preso
de su querer.

En este patio
florido y bello,
que aquí tenemos
vivimos juntos
con buena fe.

ESTREIBILLO –
Sentirse un hombre
entre una mujer;
estos chicos pueden
sentirse ellos,
con buena fe.

Capullo o rosa
aquí tendremos,
ya muy pronto
en nuestro patio
para adornarlo
con juegos de niños
y niños corriendo,
tendremos pronto,
con buena fe.

Se quedan parados al terminar el cante, sentándose cada uno en una silla. Entra un vendedor con alfombras y relojes.

MIRIAM -
¡Mira!; el del otro día.

LENADRO -
Eso es que se le dio bien
en este patio de maravillas;
así que vuelve a la carga él.

JUAN CARLOS -
No hay remedio,
ahora mi chica
le comprará una alfombra

que haga juego
con la que tiene
en el salón.

CLARA EUGENIA -.
(Llamando al vendedor).

Haber, señor;
esa alfombra
le pido yo.

Enseña diez dedos el vendedor.

JUAN CARLOS -.
Es muy barata;
pues él enseña
diez dedos al respetable,
y por lo menos . . .

CLARA EUGENIA -.
¡Calla!; Juan Carlos
y no despiertes
aquí la codicia
a éste hombre,
déjale bien
sentado el Espíritu

y dale diez.

Pero el vendedor al ver diez Euros hace gestos de que no es eso.

CLARA EUGENIA -.

¿Tú qué le entiendes;

qué gestos esos

son los que hace?.

JUAN CARLOS -.

Está sumando

por lo menos cien.

CLARA EUGENIA -.

¡Anda!; qué guasa.

Se levanta Mari Paz dirigiéndose a Clara Eugenia.

MARI PAZ -.

O tú se la compras,

o se la compro yo.

CLARA EUGENIA -.

¿No ves que cien

está pidiendo

por esa alfombra,
que aquí el otro día
compré por cincuenta?.

Le compra la alfombra Mari Paz al vendedor, saliendo éste a paso ligero.

MARI PAZ -.
¿Te sientes cohibida?.

CLARA EUGENIA -.
Pues no; ya te lo digo,
esto no ha sido
quitarme la alfombra
que no he querido.

MARI PAZ -.
Te doy las gracias.

CLARA EUGENIA -.
¡Ah!, se ve!.

Se entran todos en casa menos el señor Alfonso y Miriam.

Miriam no se deja retocar el pelo.

SR. ALFONSO -.

¿Me quieres decir algo?.

MIRIAM -.

¿Cómo tengo el tocado?.

SR. ALFONSO -.

De mil maravillas.

MIRIAM -.

¡Vaya si ha tardado!.

SR. ALFONSO -.

¿El qué?.

MIRIAM -.

Decirme a mí

lo bien que tengo;

que tengo yo algo.

SR. ALFONSO -.

¡Que estoy casado!.

MIRIAM -.

Eso no importa

para que un hombre

aprecie la gracia
de una mujer.

SR. ALFONSO -
¡Que estoy casado!.

Pega dos o tres volantazos Miriam a su bata y se entra como decepcionada en casa.

SR. ALFONSO -
No puede ser,
que una mujer
comprometa así
la vida de un hombre;
pues no está bien.

Se entra en casa el señor Alfonso, saliendo al patio Juan Carlos y Clara Eugenia bien
vestidos.

JUAN CARLOS -
¡Ole ahí mi niña!;
flor de este patio,
gema tan buena
no he visto yo
como esta que portas
con ese cuerpo

de maniquí vestido.

Andando presto,

con paso firme;

me siento bien.

CLARA EUGENIA -.

Esos piropos

me dan la vida;

por salir de tu boca,

en buena dicha.

Se da dos vueltas Juan Carlos alrededor de Clara Eugenia.

CLARA EUGENIA -.

¿Qué miras?.

JUAN CARLOS -.

Estás preciosa,

en esta tarde;

puedes creerlo.

CLARA EUGENIA -.

Valiente y fiero,

mi caballero.

Se cogen del brazo en señal de enamorados.

JUAN CARLOS -.

Iremos a la boda
con paso presto.

CLARA EUGENIA -.

Iremos marcando estilo,
con nuestra gracia.

Cogidos del brazo salen del patio a la calle. Sale la señora Teresa con la niña y Mari Paz
con su niño.

SA. TERESA -.

¡Qué chicos éstos!
como juegan ellos
en este patio.

MARI PAZ -.

Una rosa y un clavel.

SA. TERESA -.

Parecen que corren
el uno detrás del otro.

MARI PAZ -.

No parece; es que lo es.

Se cae el niño haciéndose daño, no teniendo a nadie para llevarle a la casa socorro.

Sale el señor Alfonso al patio al oír el sollozo del niño.

SR. ALFONSO -.

Es mas bien llamar
para que venga el doctor
y le vea al niño
en este patio.

Así lo hacen no dando importancia el doctor a la caída del niño; quedándose más
conforme los tres en el patio.

SA. TERESA -.

¡EA!; aquí no ha pasado nada.

MARI PAZ -.

Todo ha sido un susto;
pues mi niño sigue corriendo
como sino se hubiese caído.

SA. TERESA -.

Mi niña cuida al niño,

con esmero y deseo
que no le vulva a pasar
lo que antes le ha pasado.

MARI PAZ -.

Le aprecia mucho a mi niño
su niña querida del Alma.

SR. ALFONSO -.

Parece que son hermanos
por lo mucho que se aprecian.

Se echa la noche y se ve entrar en el patio a Clara Eugenia y a Juan Carlos. Llegan
agarrado del brazo.

JUAN CARLOS -.

Ha sido una boda rumbosa.

CLARA EUGENIA -.

No ha faltado de nada.

JUAN CARLOS -.

Hasta la orquesta ha tocado
de primores en la boda.

CLARA EUGENIA -.

Por poco sigo bailando.

Se apaga la luz y al encenderse significa que es otro día. Se ven en el patio a todos; unos cuidando los niños, otras lavando y tendiendo.

SA. TERESA -.

Anoche se oyó en el patio
unos ruidos descompasados.

CALARA EUGENIA -.

No sería tanto.

SA. TERESA -.

Si a cantar en media noche
en este, nuestro, patio
se llama que no es tanto;
tal vez esta mañana
aquí hemos encontrado,
al piel del brocal del pozo,
una botella vacía
de ese cava deseado.

CLARA EUGENIA -.

¿A dónde dice que ha sido?.

MIRIAM -.

Cerca el brocal del pozo;

allí se ha encontrado.

JUAN CARLOS -.

Alguien se la bebería;

¡vamos!, digo yo.

SA. TERESA -.

Y ahora están aquí fardando.

CLARA EUGENIA -.

¿De botella ya vacía?.

MIRIAM -.

De la fiesta que han pasado;

ese derroche de gloria

en la boda esta noche.

JUAN CARLOS -.

Y ahora están descansando

en este patio de amigos

y con personas hablando

de esa fiesta de la noche,

que pasaron con agrado.

Sale un cantante cantando canciones de la tierra donde se ha montado la obra; al cabo del cual se entran todos en casa, pasando un individuo de la calle con una herida.

SEÑOR -.

¡Socorro!, socorro.

Salen al oír la llamada de socorro todos al patio.

SR. ALFONSO -.

¡Vaya paliza!

SEÑOR -.

Guárdenme pronto;

que no se diga

no sois cristianos

en este patio,

florido y bello,

como os digo.

MIRIAM -.

¡Pronto!; al trastero.

MARI PAZ -.

Se sospechará de esa puerta.

MIRIAM -.

No; porque delante pondremos
un altar, hecho con macetas
de nuestro patio,
patio muy bueno.

Así lo hacen al tiempo que han terminado de disimular la entrada al trastero, entran dos
individuos.

SEÑOR -1 -.

Perdonen las molestias:

¿Han visto pasar
a un señor herido
corriendo por la calle?.

Se miran unos a otros como extrañados por dicha pregunta.

SA. TERESA -.

¿No, hijo, no lo hemos visto.

SEÑOR -2 -.

¿Y ustedes, algunos
lo han visto?.

MARI PAZ -.

Ni despacio, ni corriendo
hemos visto pasar a alguien
por esta calle;
pues teníamos tarea.

CLARA EUGENIA -.

Aquí lavando,
aquí tendiendo
es imposible
ver el estruendo
que pasa en la calle,
con este ajetreo.

Se dan una vuelta los dos individuos por el patio y uno corta una flor del altar
poniéndosela en la solapa, mientras se asustan los habitantes de la comuna.

SEÑOR -1 -.

¿Y a ustedes qué los pasa?.

MIRIAM -.

Con gran esmero hemos cuidado
esas macetas y al ver arrancada
de ellas una flor,

nos produce ansia,
nos llevan los vientos,
pero aquí no pasa
nada de nada.

SEÑOR – 2 -.

¡Pues eso!.

En ese momento se oye un destornudo dentro del trastero; pero como el señor Alfonso se encuentra más cerca de ese lugar, hace como si hubiese sido él.

SEÑOR – 1 -.

Cuídese usted, buen hombre;
que está metido en edad,
en edad de padecer
pulmonía y ansiedad.

SA. TERESA -.

¡Vaya ánimos le da!.

Vuelve a oírse otro destornudo y repite el señor Alfonso la misma escena.

SEÑOR –1 -.

Lo dicho, he dicho:
cuídese usted, buen hombre,

que ya le salen las fuerzas
como si no pudiese ni hablar,
ni toser con fuerza alguna;
cuídese pues, ya verá.

Se van los dos individuos a la calle, mientras corren todos a sacar del trastero al otro
individuo.

SA. TERESA -.

Algún día por caridad
nos liaremos alguna cosa
que no podamos hablar
de ella como queramos,
a no haber camino al andar.

MIRIAM -.

A correr, diría yo
para salvar el pellejo,
por medio de la caridad
que ponemos con nuestro prójimo,
sin saber quién será.

CLARA EUGENIA -.

Pero decencia ponemos
con nuestro prójimo,

que se acerca a este patio
pidiendo él caridad.

SR. ALFONSO -.

Lo ponemos, ¡sí señor!;
y lo ponemos corriendo,
sea quién sea nuestro prójimo
sin saber quién será.

Se representa la escena por un mímico y al cabo del cual hay un bailable teniendo que salir a bailar al pasillo todas las personas espectadoras y al terminar sigue la obra.

Están todos los actores en el patio.

JUAN CARLOS -.

Volvemos a embellecer nuestro patio.

CLARA EUGENIA -.

Y además nos acompañan
estos chicos jugando.

MARI PAZ -.

Belleza pura infantil
que le da más alegría
a este, nuestro patio.

Se siente mal Mari Paz y la llevan al Hospital, quedándose preparando el patio el señor

Alfonso y la señora Teresa.

Volviendo a entrar todos en el patio una vez que llegan del Hospital, donde se ha

quedado Mari Paz y Fernando.

SA. TERESA -.

¿Me decid que se ha quedado
más tranquila Mari Paz?.

MIRIAM -.

Y una niña ha tenido
nada más llegando.

SR. ALFONSO -.

Por poco la echa al Mundo
sin pensarlo en el patio.

CLARA EUGENIA -.

Ha faltado bien poco,
para tenerla en el patio.

SA. TERESA -.

¿Y ella, cuando vendrá?.

CLARA EUGENIA -.

Mañana o pasado;
pues el alumbramiento
ha sido de lo más normal.

Siguen preparando el patio y en un rato se apagan las luces, quedándose una luz atenua significando el paso de la noche y al amanecer, vuelven todos los vecinos al patio terminando de embellecerle. Por la tarde se ve entrar en el patio a Mari Paz con su niña.

SA. TERESA -.

¡Ay!, madre;
¿qué he visto yo?.

MIRIAM -.

Lo mismo que yo veo;
entrar con su niña
a Mari Paz en el patio.

Salen todos a saludar a Mari Paz.

CLARA EUGENIA -.

Te deseo lo mejor,
te deseo felicidad,
un acople en tu vida
que te haga disfrutar
con tu hija muy querida.

JUAN CARLOS -.

Y yo te deseo primores,
que la vida te regale
todo lo bueno del Mundo,
todos los parabienes y flores.

MIRIAM -.

Que seas la más feliz
de entre todas las mujeres.

TODOS LOS DEMÁS -.

Te deseamos paz
en tu Espíritu,
en tu ser
con mucho alivio.

SA. TERESA -.

Es la hora de entrar
en este patio las gentes;
para beber y disfrutar
de la fiesta presente.

Van entrando en el patio las gentes, alegrándose de dicha fiesta. Se ve andar de un sitio a otro a las gentes con alegría.

C A N T A R –6

(En forma de apoteosis).

Bailamos, cantamos,

saltamos, hablamos

aquí entre todos;

bailamos, cantamos,

saltamos, amamos

los unos a los otros.

Aquí terminamos,

aquí nuestra historia;

volvamos, volvamos

a casa todos.

Aquí éstas divas,

este valet bailando

les dicen adiós

con mucho cuidado.

También deseamos

descansen ustedes

de toda esta trama

que le hemos presentados.

Y ya cuando hablen

de nuestro teatro;

ustedes ya digan

que le ha gustado.

ESTRIBILLO.

Bailemos, cantemos
al son del pandero,
bailemos, cantemos;
por eso te quiero.

Un rato pasamos
juntos con ustedes,
un rato de gloria
por sus presencias;
al ver sus sonrisas
en sus caras monas.

Hasta luego
y hasta siempre,
que aquí los esperamos
a todos ustedes
predispuesto hacerles
la vida agradable.

Hasta luego,
les decimos:
Hermanos, os quiero.

FIN.

CRÍTICA HECHA POR EL AUTOR:

Se narra la vida cotidiana de las personas dentro de una comuna, en donde los hechos son primordiales con respecto a sus moradores; ya que en un principio existen unos escauceos amorosos de los protagonistas, para poco a poco dejar esos amores no correspondidos; los únicos que están enzarzando las relaciones de los unos con los otros son los dos niños primeros y eso sin haber Celestina por medio: Pero el amor paternal hacia esos dos niños hacen que se produzca la llama del amor dentro de ellos, desapareciendo esa llama una vez que existe otro bebé en la comuna, al darse unas fuerzas paralelas de vez en cuando y otras veces esas fuerzas se transforman en tangenciales tocándose entre sí.

Como se ha dicho, al principio de la obra son unos escauceos amorosos dando paso a un delirio de amoríos, en cuanto se esperan los niños, y una vez que se han tenido se va incrementando la ira del amor, para sentirse con más fuerza y pasión entre ellos, al sentirse los padres como con más hombría y poderío; hasta la llegada del tercer niño, aplacando esos efluvios de amor mal entendidos.

Sale el sentido de la hospitalidad en toda la comuna de vez en cuando, siendo la premisa mayor el hacer el bien ante las personas que llegan pidiendo ayuda a dicha comuna y todos ellos se la proporcionan.

Se ensalzan las costumbres en las comunas de algunos bloques de vecinos y la sensibilidad humana entre todos ellos: Hay humanidad.

